



Universidad
Rey Juan Carlos

Instituto Universitario
de la Danza "Alicia Alonso"

monólogos contemporáneos

Pruebas de acceso

Grado en Artes Visuales y Danza
(mención Danza-Teatro/ Teatro Físico del Movimiento)

Instituto Universitario de Danza Alicia Alonso (IUDAA-URJC)

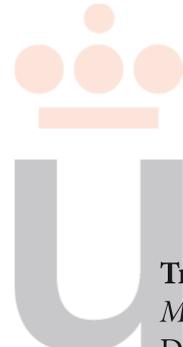
Campus de Fuenlabrada/ Aulario IV.

Camino del Molino SN 28943, Fuenlabrada Madrid, España.

Tel: +34 914-888-177

Fax: +34 911-309-866

instituto.danza@hotmail.com



Tres sombreros de copa

M. Mihura.

Dionisio:

No sé. Tenía el presentimiento de que casarse era ridículo... ¡Que no me debía casar...! Ahora veo que no estaba equivocado... Pero yo me casaba, porque yo me he pasado la vida metido en un pueblo pequeñito y triste y pensaba que para estar alegre había que casarse con la primera muchacha que, al mirarnos, le palpitase el pecho de ternura... Yo adoraba a mi novia... Pero ahora veo que en mi novia no está la alegría que yo buscaba... A mi novia tampoco le gusta ir a comer cangrejos frente al mar, ni ella se divierte haciendo volcanes en la arena... Y ella no sabe nadar... Ella, en el agua, da gritos ridículos... Hace así: «¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!» Y ella sólo ama cantar junto al piano El pescador de perlas. Y El pescador de perlas es horroroso, Paula. Ella tiene voz de querubín, y hace así: (Canta.) Tralaralá... piri, piri, piri, piri... Y yo no había caído en que las voces de querubín están llenas de vanidad y que, en cambio, hay discos de gramófono que se titulan «Ámame en diciembre lo mismo que me amas en mayo», y que nos llenan el espíritu de sencillez y de ganas de dar saltos mortales... Yo no sabía tampoco que había mujeres como tú, que al hablarnos no les palpita el corazón, pero les palpitan los labios en un constante sonreír... Yo no sabía nada de nada. Yo sólo sabía pasear silbando junto al quiosco de la música... Yo me casaba porque todos se casan siempre a los veintisiete años... Pero ya no me caso, Paula... ¡Yo no puedo tomar huevos fritos a las seis y media de la mañana...!

Tres sombreros de copa

M. Mihura.

Paula:

Es preciso que nosotros seamos buenos amigos... ¡Si supiese usted lo contenta que estoy desde que le conozco...! Me encontraba tan sola... ¡Usted no es como los demás! Yo, con los demás, a veces tengo miedo. Con usted, no. La gente es mala..., los compañeros del Music-Hall no son como debieran ser... Los caballeros de fuera del Music-Hall tampoco son como debieran ser los caballeros... (DIONISIO, distraído, coge la carraca que se quedó por allí y empieza a tocarla, muy entretenido.) Y, sin embargo, hay que vivir con la gente, porque si no una no podría beber nunca champaña, ni llevar lindas pulseras en los brazos... ¡Y el champaña es hermoso... y las pulseras llenan siempre los brazos de alegría!... Además es necesario divertirse... Es muy triste estar sola... Las muchachas como yo se mueren de tristeza en las habitaciones de estos hoteles... Es preciso que usted y yo seamos buenos amigos... ¿Quieres que nos hablemos de tú...?

Máquina Hamlet

H. Müller.

Ofelia:

Yo soy Ofelia. La que el río no retuvo. La mujer con la sogá al cuello. La mujer con las venas cortadas. La mujer de la sobredosis NIEVE SOBRE LOS LABIOS. La mujer con la cabeza en el horno de gas. Ayer dejé de matarme. Yo estoy sola con mis pechos mis muslos mi regazo. Rompo las herramientas de mi prisión la silla la mesa la cama. Destruyo el campo de batalla que era mi hogar. Arranco las puertas de cuajo para que entre el viento y el grito del mundo. Destrozo las ventanas. Con manos ensangrentadas rompo las fotografías de los hombres que amé y que me han usado en la cama en la mesa en la silla en el suelo. Le prendo fuego a mi prisión. Arrojo mis vestidos al fuego. Desentierro de mi pecho el reloj que fue mi corazón. Salgo a la calle vestida con mi sangre.

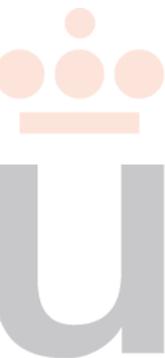
Máquina Hamlet

H. Müller.

Hamlet::

Yo era Hamlet. De pie junto a la costa hablaba con el oleaje BLABLA, a mis espaldas las ruinas de Europa. Tañían las campanas durante el entierro nacional, el asesino y la viuda formaban pareja, los consejeros con paso de parada tras el ataúd del cadáver insigne, llorando con duelo mal pagado QUIÉN ES EL MUERTO EN EL COCHE FUNEBRE /EN TORNO AL CUAL ÁLZASE TANTO TRENO Y LLANTO LÚGUBRE/ EL MUERTO ES UN SANTO VARÓN/ QUE COPIA DE LIMOSNAS REPARTIÓ/ la doble fila formada por la población, obra de su arte de gobierno ERA UN HOMBRE TOMABA TODO SOLO DE TODOS. Detuve el cortejo fúnebre, forcé el ataúd con la espada cuya hoja se rompió al hacerlo, con el trozo romo que quedaba logre abrir la caja y repartí al muerto engendrador CARNE CON CARNE AGUSTO SE JUNTA/entre los tristes mequetrefes que nos rodeaban. El duelo se transformó en júbilo, el júbilo en lengüetazos de satisfacción, encima del ataúd vacío se tiró el asesino a la viuda TE AYUDO A CUBRIRLA TÍO ABRE LAS PIERNAS MAMA. Me tendí en el suelo y escuché cómo el mundo giraba sus vueltas con ritmo acompasado de putrefacción.





La Zapetara prodigiosa.

Federico García Lorca

El autor:

Respetable público... No, respetable público no, público solamente, y no es que el autor no considere al público respetable, todo lo contrario, sino que detrás de esta palabra hay como un delicado temblor de miedo y una especie de súplica para que el auditorio sea generoso con la mímica de los actores y el artificio del ingenio. El poeta no pide benevolencia, sino atención, una vez que ha saltado hace mucho tiempo la barra espinosa de miedo que los autores tienen a la sala. Por este miedo absurdo y por ser el teatro en muchas ocasiones una finanza, la poesía se retira de la escena en busca de otros ambientes donde la gente no se asuste de que un árbol, por ejemplo, se convierta en una bola de humo o de que tres peces, por amor de una mano y una palabra, se conviertan en tres millones de peces para calmar el hambre de una multitud. El autor ha preferido poner el ejemplo dramático en el vivo ritmo de una zapatería popular. En todos los sitios late y anima la criatura poética que el autor ha vestido de zapatera con aire de refrán o simple romancillo y no se extraña el público si aparece violenta o toma actitudes agrias porque ella lucha siempre, lucha con la realidad que la cerca y lucha con la fantasía cuando ésta se hace realidad visible.

La Zapetara prodigiosa.

Federico García Lorca

Zapatera:

Cállate, larga de lengua, penacho de catalineta, que si yo lo he hecho... si yo lo he hecho, ha sido por mi propio gusto... Si no te metes dentro de su casa lo hubiera arrastrado, viborilla empolvada; y esto lo digo para que me oigan todas las que están detrás de las ventanas. Que más vale estar casada con un viejo, que con un tuerto, como tú estás. Y no quiero más conversación, ni contigo ni con nadie, ni con nadie, ni con nadie. (Entra dando un fuerte portazo.) Ya sabía yo que con esta clase de gente no se podía hablar ni un segundo... pero la culpa la tengo yo, yo y yo... Pero, ¿por qué no tendré la lengua más corta? “Y la falda más larga” dirían las asquerosas, pues porque no me da la gana, porque yo soy así, así he sido siempre y bastante hago y bastante me reprimo, y sangre me debería salir de la lengua de tanto mordérmela... Claro que ellas no se la muerden, no... no se la muerden no, por miedo, por miedo porque si se muerden la lengua se envenenan ellas mismas con la ponzoña que tienen por dentro. Todas escondidas detrás de las ventanas, todas asustadas, asustadas de mí, dicen... Y lo que están es asustadas de ellas mismas y de toda la maldad que llevan en sus entrañas. Que están locas... Locas todas... Y loca me van a volver a mí como no pare de entrar al trapo... Lo que tengo que hacer es no darles importancia, si ya me lo dice mi marido... Pero es que no puedo, no puedo... Y yo entiendo que es su pueblo y que son las personas que él conoce de toda la vida pero eso no quita que sean malos y que aquí no me quieran... Este pueblo... Este pueblo del demonio que me está quitando la vida y la ilusión. Y toda mi juventud, y mis ganas de hacer cosas, de vivir, de vivir, y aquí me consumo, y me pongo de mal humor y, me convierten en otra... Al final me van a volver como ellas...

Yerma.

Federico García Lorca

Yerma:

Yo tengo la idea de que las recién paridas están como iluminadas por dentro, y los niños se duermen horas y horas sobre ellas oyendo ese arroyo de leche tibia que les va llenando los pechos para que ellos mamen, para que ellos jueguen, hasta que no quieran más, hasta que se harten... Harta estoy yo de esperar y esperar... ¿Cuánto más tengo yo que esperar? Mi prima tardó tres años, y otras antiguas, del tiempo de mi madre, mucho más, pero dos años y veinte días, como yo, es demasiada espera.

Pienso que no es justo que yo me consuma aquí. Muchas veces salgo descalza al patio para pisar la tierra, no sé por qué. Si sigo así, acabaré volviéndome mala. A fuerza de caer lluvia sobre las piedras, éstas se ablandan y hacen crecer jaramagos, que las gentes dicen que no sirven para nada. Los jaramagos no sirven para nada, pero yo bien los veo mover sus flores amarillas en el aire. Yo no pienso en el mañana; pienso en el hoy. Pienso que tengo sed y no tengo libertad. Yo solamente quiero tener a mi hijo en los brazos... ¿tú sabes lo que es tener un pájaro vivo en la mano? Pues dicen que es lo mismo... pero por dentro de la sangre.

sin dientes, sin ojos, sin palabras, sin nada.

El público.

Federico García Lorca

Autor:

No voy a levantar el telón, para alegrar al público con un juego de palabras, ni con un panorama donde se vea una casa en la que nada ocurre y adonde dirige el teatro sus luces para entretener y haceros creer que la vida es solo eso. ¡No! El poeta con todos sus cinco sentidos en perfecto estado de salud va a tener, no el gusto, sino el sentimiento de enseñaros esta noche un pequeño rincón de realidad. Con toda modestia debo advertir que nada es inventado. Ángeles, sombras, voces, lirás de nieve y sueños existen y vuelan entre nosotros, tan reales como la lujuria, o las monedas que lleváis en el bolsillo...

Venís al teatro con el afán único de divertirlos y tenéis autores a los que pagáis y es muy justo, pero hoy el poeta os hace una encerrona, porque quiere y aspira a conmover vuestros corazones, enseñando las cosas que no queréis ver, gritando las simplísimas verdades que no queréis oír. Sobre todo a vosotros, gentes de ciudad que vivís en la más pobre y triste de las fantasías. Todo lo que hacéis es buscar caminos para no enterarse de nada... para no ver el inmenso torrente de lágrimas que nos rodea; cubrís de encajes las ventanas para poder dormir tranquilos y acallar al perenne grillo de la conciencia. ¡Sermón!, si ¡sermón! ¿Por qué hemos de ir siempre al teatro para ver lo que pasa y no lo que les pasa?

**Los textos de Lorca, anteriormente presentados, han sufrido algunas modificaciones con relación al texto original de su autor.
Dramaturgia: Esther Berzal, Profesor: Rey Montesinos.*





Bodas de sangre.

Federico García Lorca

Leonardo:

¡Qué vidrios se me clavan en la lengua! Porque yo quise olvidar y puse un muro de piedra entre tu cuarto y el mío. Es verdad. ¿No lo recuerdas? Y cuando te vi de lejos me eché en los ojos arena. Pero montaba a caballo y el caballo iba a tu puerta. Con alfileres de plata mi sangre se puso negra, y el sueño me fue llenando las carnes de mala hierba. Que yo no tengo la culpa, que la culpa es de la tierra y de ese olor que te sale de los pechos y las trenzas. Pájaros de la mañana por los árboles se quiebran. La noche se está muriendo en el filo de la piedra. Vamos al rincón oscuro, donde yo siempre te quiera, que no me importa la gente, ni el veneno que nos echa.

EL retablo jovial.

Alejandro Casona

Leonela:

¡Malos años, marido! Siempre sentado, como San Alejo en la escalera. Bien dicen que el que nace redondo no muere cuadrado. Por el siglo de mi madre que si en vez de seguir mi gusto hubiera seguido sus consejos, no me vería ahora como me veo: lavando ropa ajena para remendar la propia. ¡Y qué ropa, Virgen santa! ¡Roña roñosa, tiña tiñosa, zarrapastrosa! Miren las sábanas del alcalde, con más ventanas que el Ayuntamiento un día de fiesta. Y las camisas de la boticaria, que bien podía ahorrar jubones de terciopelo y tapar mejor sus vergüenzas... y las de su casa. ¡Las de su casa, sí! Por la sobrina lo digo, que esta mañana le dio un desmayo en la fuente; ella dice que del vientre vacío pero no me sorprendería lo contrario, que anda muy quebrada de color desde que pasó la tropa por el pueblo, va para siete meses. Con otros dos, lo que sea sonará, ¡Vaya si sonará! ¡Tanto rendibú..., tanto mírame-y-no-me-toques, y con la zurda... je, mosquita muerta! ¿y estos andularios? ¿No parecen toca de viuda? Pues son los calzones blancos de Simoneto, que después de todo, no sé por qué se queja tanto, si a la vaca se la partió un rayo, su mujer parió mellizos, y váyase lo uno por lo otro. De la casa de las siete cuñadas, no quise tomar faena, por si acaso, que andan con la viruela loca. ¡Loca tenía que ser para meterse en semejante infierno! ¡Cueva de escorpiones! A la mayor la mordió un perro, y ¿quién dirás que e volvió rabioso? ¡El perro! ¡Eh!, contigo hablo, marido. ¿Te has quedado mudo, o tan poco soy que ya ni la palabra merezco?

Incendios

M. Mouwad.

Hermile Lebel:

¡Entren! No se queden en el pasillo para siempre, ¡sólo es un pasillo!... Entiendo que no quieran entrar. Tengan por seguro, seguro, seguro que a mí me habría gustado más conocerlos en otras circunstancias pero el infierno no está hecho de buenas intenciones. Yo quería a su madre. Se los digo sin preámbulos, yo amaba a su madre. Ella me hablaba seguido de ustedes. Un poco. Sin avisar. Así como así. Ella decía: los gemelos. Ella decía la gemela, y a veces también, el gemelo. Ustedes saben como era ella, ella no le decía jamás nada a nadie. Lo que quiero decir es que incluso antes de que ella decidiera ya no decir nada, ella no decía nada, no me contaba nada sobre ustedes. Ella era así. Cuando ella murió, llovía. No sé. Que llueva me afecta mucho. En su país nunca llueve, así que imagínense cuál es el clima que lleva este testamento. Un testamento no es como los pájaros, eso es seguro, es otra cosa.

Incendios

M. Mouwad.

Nawal:

Nazira. Tu nombre ilumina tu tumba. Entré al pueblo por el camino que viene de allá abajo. Mi madre estaba ahí, a mitad del camino. Me esperaba, creo. Debió haberlo presentido. Por la fecha. Nos vimos como dos desconocidos. Uno a uno llegaron los habitantes del pueblo. Dije: “Regresé para grabar el nombre de mi abuela sobre su tumba.” Se rieron: “¿Ahora sabes escribir? Dije que sí. Se rieron. Un hombre me escupió. Dijo: “Sabes escribir pero no sabes defenderte.” Cogí el libro que llevaba en la bolsa. Lo golpeé tan fuerte que la portada se dobló, y el cayó atontado.” Continué caminando. Mi madre me vio hasta que llegué a la fuente, después di la vuelta para subir hacia el cementerio y venir a tu tumba. Me voy. Voy a recuperar a mi hijo. Abuela, observo el sol y me digo que él observa el mismo sol. Un pájaro pasa por el cielo, quizá él ve el mismo pájaro. Una nube a lo lejos, me digo que ella está encima de él, que él corre para protegerse de la lluvia. Pienso en él a cada instante y cada instante es como una promesa de mi amor por él. Hoy tendría cuatro años. El sabe caminar, él sabe hablar y él debe tenerle miedo a la oscuridad. Te dejo, abuela, y dejo el pueblo. Para siempre. Cumplí mi promesa contigo, cumpliré mi promesa con él, hecha el día de su nacimiento: Pase lo que pase, siempre te amaré.” Gracias, abuela.

